

The background of the cover is a painting of a library. The top half shows the spines of many books on a shelf, rendered in a warm, golden-brown color. Below the shelf, there are stacks of books on a table. In the foreground, a light-colored, ornate ceramic vase with two handles sits on a dark, patterned cloth. The vase is filled with a bouquet of bright orange and red flowers, possibly gerberas and roses. The lighting is dramatic, with strong highlights and deep shadows, creating a sense of depth and texture.

Stefan Zweig
Mendel
el de los libros

TRADUCCIÓN DE BERTA VIAS MAHOU

Escrito en 1929, *Mendel el de los libros* narra la trágica historia de un excéntrico librero de viejo que pasa sus días sentado siempre a la misma mesa en uno de los muchos cafés de la ciudad de Viena. Con su memoria enciclopédica, el inmigrante judío ruso no sólo es tolerado, sino querido y admirado por el dueño del café Gluck y por la culta clientela que requiere sus servicios. Sin embargo, en 1915 Jakob Mendel es enviado a un campo de concentración, acusado injustamente de colaborar con los enemigos del Imperio austrohúngaro. Un breve y brillante relato sobre la exclusión en la Europa de la primera mitad del siglo XX.

De vuelta en Viena tras una visita a los barrios de la periferia, me vi inmerso de improviso en un chaparrón que, con húmedo látigo, perseguía a la gente obligándola a correr hasta los portales de las casas y otros refugios. Yo mismo busqué también, a toda velocidad, un techo que me amparara. Por fortuna, en Viena le espera a uno en cada esquina un café. De modo que huí al que se encontraba más próximo, con el sombrero que ya goteaba y los hombros empapados. Una vez en el interior, se reveló como el típico café de arrabal, con ese estilo casi esquemático, burgués, de los de la antigua Viena, lleno a rebosar de gente normal que consumía más periódicos que bollería, y sin los artificios tan de última moda en los cafés cantantes que en el centro de la ciudad imitan a los alemanes. En aquel momento —estaba empezando a oscurecer—, la atmósfera ya de por sí sofocante se veía jaspeada por espesos anillos de humo azul. Y, sin embargo, aquel café daba la impresión de estar limpio, con sus sofás de terciopelo visiblemente nuevo y su caja registradora de aluminio reluciente. Con las prisas no me había molestado en leer el nombre que ponía por fuera. Por otro lado, ¿para qué? De modo que me senté en aquel lugar cálido, mirando impaciente a través de los ventanales cubiertos de chorros azules a la espera de que la lluvia, inoportuna, tuviera a bien alejarse un par de kilómetros.

De modo que allí estaba yo, sentado sin hacer nada; a punto de caer en esa pasividad indolente que, como un narcótico, irradia todo auténtico café vienés. Con aquella sensación de vacío, me dediqué a contemplar a las distin-

tas personas que se encontraban a mi alrededor. La luz artificial de aquel espacio lleno de humo marcaba unas sombras de un gris muy poco saludable en torno a sus ojos. Observé a la señorita de la caja, que con movimientos mecánicos alcanzaba al camarero el azúcar y las cucharillas para cada taza de café. Medio dormido, de manera involuntaria, leí los carteles del todo anodinos que colgaban de las paredes. Aquella especie de letargo casi me sentó bien. Pero, súbitamente, una extraña tensión me sacó de mi somnolencia. Una imprecisa inquietud despertaba en mi interior, como lo hace un pequeño dolor de muelas del que aún no sabe uno si procede de la parte izquierda o de la derecha, de la mandíbula inferior o de la superior. Tan sólo sentí una sorda impaciencia, una intranquilidad espiritual, pues de pronto —no sabría decir por qué— fui consciente de que ya debía de haber estado allí en alguna ocasión, hacía años, y de que algún recuerdo debía de unirme a aquellas paredes, a aquellas sillas, a aquellas mesas, a aquel espacio envuelto en humo.

Pero cuanto más me esforzaba por alcanzar aquel recuerdo, con mayor malicia y de modo más escurridizo se me escapaba, como una medusa, brillando incierto en el estrato más profundo de la conciencia y, sin embargo, imposible de atrapar. En vano fijé la mirada en cada objeto que había en aquel local. Es cierto que algunas cosas no las conocía, como la caja registradora con su resorte tintineante. O el revestimiento marrón de las paredes de falsa madera de palisandro. Todo aquello debían de haberlo colocado más tarde. Pero, sí, sin duda. Yo había estado allí en alguna ocasión, hacía veinte años o más. Allí perduraba, oculto en lo invisible como el clavo en la madera, una parte de mi propio yo hace tiempo soterrada. Haciendo un esfuerzo, dilaté y empujé todos mis sentidos por aquel espacio, y al mismo tiempo por mi interior. Y, sin embargo... ¡Maldita sea! No lograba alcanzar aquel recuerdo desaparecido, ahogado en mí mismo.

Me enfadé, como se enfada uno siempre que un fallo le hace ser consciente de la insuficiencia e imperfección de las fuerzas mentales, pero no perdí la esperanza de recuperar aquel recuerdo. Tenía claro que tan sólo necesitaba un míñsculo gancho al que poder aferrarme, pues mi memoria es de una índole particular, buena y mala al mismo tiempo. Por un lado, obstinada y tenaz, pero por otro también increíblemente fiel. Se traga lo más importante, tanto en lo que respecta a los acontecimientos como a los rostros, tanto lo leído como lo vivido, dejándolo con frecuencia en lo más hondo, en la oscuridad, y no devuelve nada de ese mundo subterráneo sin que uno ejerza presión, sólo porque así lo requiere la voluntad. Sin embargo, me basta el más fugaz asidero, una postal, los trazos de una caligrafía en el sobre de una carta, una hoja de periódico amarilla por el tiempo, y enseguida lo olvidado, como el pez en el anzuelo, resurge de un brinco de la fluida y oscura superficie, vivo y coleando. Entonces reconozco cada detalle de una persona: su boca y, en su boca, el hueco de un diente, a la izquierda, cuando se ríe. Y el tono ronco de su risa, y cómo al reírse se le contrae el bigote. Y cómo con esa risa surge otro rostro, diferente. Todo esto lo veo entonces de inmediato, en una panorámica completa, y años después recuerdo cada palabra que aquella persona me dijo en cierta ocasión. Pero, para percibir con los sentidos algo ocurrido en el pasado, necesito siempre un estímulo sensorial, una mínima ayuda de la realidad. Así que cerré los ojos para poder reflexionar de modo más intenso, para dar forma a aquel anzuelo misterioso y asirlo. Pero, ¡nada! Otra vez, ¡nada! Estaba enterrado y olvidado. Y tanto me irrité por lo chapucero y caprichoso del aparato retentivo que tengo entre las sienes, que habría podido golpearme la frente con los puños, tal y como se sacude una máquina tragaperras estropeada que, desleal, retiene lo que le pedimos. No, no podía seguir por más tiempo sentado tranquilamente. Hasta tal punto me excitaba aquel fracaso íntimo. Y de puro

enojado me levanté para despejarme. Pero, es curioso, apenas había dado los primeros pasos por el local, cuando en mi interior se produjo, reverberando y centelleante, un primer resplandor fosforescente. A la derecha de la caja registradora, recordé, debía de haber una habitación sin ventanas, iluminada tan sólo con luz artificial. En efecto. Así era. Y allí estaba, empapelada de un modo distinto y, sin embargo, exacta en sus proporciones, aquella habitación interior cuadrada, de contornos imprecisos: la sala de juego. De manera instintiva, miré en derredor los diferentes objetos, con los nervios que ya vibraban de alegría. Enseguida lo sabría todo, sentí. Dos mesas de billar holgazaneaban allí como verdes ciénagas en silencio. En las esquinas había mesas de juego agazapadas, a una de las cuales estaban sentados dos consejeros o catedráticos jugando al ajedrez. Y en un rincón, justo al lado de la estufa de hierro, por donde se iba a la cabina de teléfonos, una pequeña mesa cuadrada. Y de improviso me vino a la memoria como un relámpago. Lo supe de inmediato, al instante, con una única y ardiente sacudida que me hizo estremecer de felicidad. Dios mío, si aquel era el sitio de Mendel, de Jakob Mendel, Mendel el de los libros. Veinte años después había ido a parar de nuevo a su cuartel general, el café Gluck, en la parte alta de la Alserstraße. Jakob Mendel. ¿Cómo había podido olvidarle? Era impensable. Durante tanto tiempo. A aquel ser humano de lo más particular, a aquel hombre legendario. A aquel peculiar portento universal, famoso en la universidad y en un círculo reducido y respetuoso... Cómo había podido olvidarle, a él, el mago, el corredor de libros que, imperturbable, se sentaba allí día tras día, de la mañana a la noche. Símbolo del conocimiento. ¡Gloria y honra del café Gluck!

No necesité más que volver la vista hacia mi interior, tras los párpados, durante un segundo, y enseguida, de la sangre iluminada por las imágenes, ascendió su inconfundible figura. Le vi de inmediato en cuerpo y alma, tal y como so-

lía sentarse a aquella mesita cuadrada con la superficie de mármol de un sucio gris, siempre repleta de libros y documentos. Cómo se sentaba allí, invariable e impertérrito, la mirada tras las gafas fija, hipnóticamente clavada en un libro. Cómo se sentaba allí y cómo, susurrando y rezongando durante la lectura, mecía su cuerpo y su calva mal pulida y salpicada de manchas hacia delante y hacia atrás, una costumbre adquirida en el *cheder*, el parvulario de los judíos del Este. Allí, en aquella mesa y sólo en ella, leía él sus catálogos y sus libros, tal y como le habían enseñado a hacer en la escuela talmúdica, canturreando en voz baja y balanceándose: una cuna negra, bamboleante. Pues así como un niño cae en el sueño y se olvida del mundo por medio de ese rítmico vaivén hipnotizador, también el espíritu, en opinión de aquellos devotos, se sume de manera más fácil en la gracia de la abstracción gracias a ese oscilar y columpiarse del cuerpo ocioso. Y en efecto, Jakob Mendel no veía ni oía nada de lo que ocurría a su alrededor. Junto a él alborotaban y vociferaban los jugadores de billar, corrían los marcadores, repiqueteaba el teléfono. Barrían el suelo, encendían la estufa... Él no se enteraba de nada. En una ocasión, un carbón al rojo vivo cayó fuera de la estufa; y ya olía a chamuscado y humeaba el parqué a dos pasos de él, cuando, alertado por el tufo infernal, uno de los parroquianos se dio cuenta del peligro y a toda velocidad se abalanzó para extinguir la humareda. Pero él, Jakob Mendel, a tan sólo dos pulgadas de distancia y ya tizado por el humo, no había notado nada, pues leía como otros rezan, como juegan los jugadores, tal y como los borrachos, aturdidos, se quedan con la mirada perdida en el vacío. Leía con un ensimismamiento tan impresionante que desde entonces cualquier otra persona a la que yo haya visto leyendo me ha parecido siempre un profano. En Jakob Mendel, aquel pequeño librero de viejo de Galitzia, contemplé por primera vez, siendo joven, el vasto misterio de la concentración absoluta, que hace tanto al artista como al erudito, al ver-

dadero sabio como al loco de remate, esa trágica felicidad y desgracia de la obsesión completa.

Hasta él me llevó un colega de la universidad, algo mayor que yo. Por entonces yo estaba realizando una investigación sobre el médico y magnetizador paracélsico Mesmer, aún hoy poco conocido. Por cierto, con poco éxito, pues la bibliografía sobre el tema en cuestión se reveló insuficiente, y el bibliotecario, al que yo, cándido neófito, había pedido información, me gruñó en términos poco amables que la documentación era cosa mía, no suya. Entonces aquel colega me dijo por primera vez su nombre. «Iré contigo a ver a Mendel», me prometió. «Él lo sabe todo y lo consigue todo. Él te trae el libro más singular del más olvidado de los anticuarios alemanes. Es el hombre más capaz en toda Viena y además auténtico, un ejemplar de una raza en extinción, un saurio antediluviano de los libros».

De modo que fuimos los dos al café Gluck, y, mira por dónde, allí estaba sentado Mendel el de los libros, con las gafas puestas, la barba desaliñada, vestido de negro. Leyendo, se balanceaba como un oscuro matorral al viento. Nos acercamos, pero él no se dio cuenta. Se limitaba a estar allí sentado, leyendo y balanceando el torso como si fuera una pagoda, hacia delante y hacia atrás, por encima de la mesa. Tras él, de un gancho, colgaba su negro y raído paleta, asimismo atiborrado de revistas y apuntes. Para anunciarnos, mi amigo tosió con fuerza. Pero Mendel, las gruesas gafas aplastadas contra el libro, seguía sin percatarse de nuestra presencia. Por fin mi amigo dio sobre la superficie de la mesa un golpe tan fuerte y enérgico como cuando llama uno a una puerta... Entonces Mendel levantó la vista y, con un movimiento mecánico y rápido, se subió hasta la frente las toscas gafas de montura de acero. Bajo las erizadas cejas de un gris ceniza, dos extraños ojos se clavaron en nosotros, unos ojos pequeños, negros, despiertos, de mirada ágil, aguda y temblequeante como la lengua de una serpiente. Mi amigo me presentó, y yo expuse mi

demanda, para lo cual —la argucia me la había recomendado expresamente mi amigo— empecé por quejarme, en apariencia furioso, del bibliotecario que no me había querido dar información alguna. Mendel se echó hacia atrás y escupió con cuidado. Después soltó una breve risa y, en la marcada jerga de los judíos orientales, exclamó: «¿Que no ha querido? No. ¡No ha podido! Es un *parch*, un burro apaleado con el pelo gris. Le conozco, para mi desgracia, desde hace veinte años largos, pero sigue sin haber aprendido nada. Embolsarse el sueldo... es lo único que saben hacer esos doctores. Deberían acarrear piedras en lugar de andar metidos entre libros».

Con esta enérgica descarga afectiva se había roto el hielo, y un bondadoso ademán de su mano me invitó por primera vez a acercarme a aquella mesa de mármol cuadrada repleta de notas, a aquel altar de revelaciones bibliófilas aún desconocido para mí. Expliqué al instante mis deseos: las obras contemporáneas sobre magnetismo, así como todos los libros y polémicas posteriores a favor y en contra de Mesmer. En cuanto terminé, Mendel cerró durante un segundo el ojo izquierdo, igual que un arcabucero antes de disparar. Pero, de verdad, aquel gesto de concentrada atención duró tan sólo un segundo. Después enumeró de inmediato y con fluidez, como si estuviera leyendo en un catálogo invisible, dos o tres docenas de libros, cada uno de ellos con el lugar de publicación, la fecha y el precio aproximado. Me quedé perplejo. Aunque venía preparado, no me esperaba algo así. Sin embargo, mi estupefacción pareció agradaarle, pues al instante siguió tocando en el teclado de su memoria las más asombrosas variaciones sobre mi tema. Me preguntó si quería saber también algo sobre el sonambulismo, sobre los primeros ensayos con la hipnosis y sobre Gaßner, sobre exorcismo, la Ciencia Cristiana y la Blavatsky. De nuevo los nombres, los títulos, las descripciones estallaron chisporroteando. Sólo entonces comprendí con qué prodigio único de la memoria había topado en

la persona de Jakob Mendel. Realmente, se trataba de una enciclopedia, de un catálogo universal sobre dos piernas. Obnubilado por completo, me quedé mirando a aquel fenómeno bibliográfico, camuflado bajo la envoltura insignificante, incluso algo grasienta, de un pequeño librero de viejo de Galitzia, el cual, tras haberme soltado unos ochenta nombres, al parecer sin darle importancia, pero en su interior satisfecho por el triunfo jugado, se limpiaba las gafas con un pañuelo de bolsillo que quizá en otro tiempo fuera blanco. Para disimular un poco mi asombro, le pregunté con timidez cuáles de entre todos aquellos libros podría conseguirme. «Pues veamos lo que se puede hacer», refunfuñó. «Vuelva por aquí mañana. Mendel entretanto le conseguirá algo. Y lo que no se encuentre, lo hallaré en otro sitio. Cuando uno tiene *seche*^[1] también tiene suerte».

Le di las gracias con educación y, acto seguido, por pura amabilidad, cometí una enorme estupidez, pues le propuse apuntarle en una hoja los títulos de los libros que deseaba. En el mismo instante noté que mi amigo me daba un codazo de advertencia. Pero era demasiado tarde. Mendel ya me había lanzado una mirada —¡qué mirada!— a un tiempo triunfal y ofendida, burlona y de superioridad, una mirada francamente regia, la mirada del Macbeth shakespeariano cuando Macduff pretende que el héroe invencible se entregue sin combatir. Después dejó escapar otra breve carcajada. La gran nuez en su garganta gorgoteó arriba y abajo de una manera curiosa. Al parecer se había tragado con esfuerzo una palabra grosera. Y Mendel, aquel hombre bueno y formal, habría tenido razón de haber soltado cualquier ordinareiz que se le hubiera ocurrido, pues sólo un extraño, un ignorante —un *amhorez*,^[2] como él mismo decía— podía hacerle a él, a Jakob Mendel, una proposición tan humillante. Anotarle a él, a Jakob Mendel, el título de un libro, como si fuera el aprendiz de una librería o el bedel de una biblioteca, como si aquella inigualable mente libres-

ca, diamantina, hubiera tenido que echar mano jamás de un recurso semejante, tan vulgar. Sólo más tarde comprendí hasta qué punto había ofendido su genio singular con aquel amable ofrecimiento, pues Jakob Mendel, aquel judío de Galitzia, pequeño, comprimido, envuelto en su barba y además jorobado, era un titán de la memoria. Tras aquella frente calcárea, sucia, cubierta por un musgo gris, cada nombre y cada título que se hubieran impreso alguna vez sobre la cubierta de un libro se encontraban, formando parte de una imperceptible comunidad de fantasmas, como acuñados en acero. De cualquier obra que hubiera aparecido lo mismo hacía dos días que doscientos años antes conocía de un golpe el lugar de publicación, el editor, el precio, nuevo o de anticuario. Y de cada libro recordaba, con una precisión infalible, al mismo tiempo la encuadernación, las ilustraciones y las separatas en facsímil. Veía cada obra —lo mismo daba que la hubiera tenido en sus manos o que sólo la hubiera entrevisto en una ocasión y de lejos en un escaparate o en una biblioteca— con la misma claridad con la que el artista ve sus creaciones interiores, aún invisibles para el resto del mundo. Recordaba, por ejemplo, que un libro aparecía en oferta en el catálogo de un anticuario de Ratisbona por unos seis marcos y, de inmediato, que ese mismo libro se habría podido adquirir en un ejemplar diferente hacía dos años en una subasta en Viena por cuatro coronas. Y a la vez se acordaba también del comprador. No, Jakob Mendel no se olvidaba nunca de un título, de una cifra. Conocía cada planta, cada infusorio, cada estrella del cosmos perpetuamente sacudido y siempre agitado del universo de los libros. Sabía de cada materia más que los expertos. Dominaba las bibliotecas mejor que los bibliotecarios. Conocía de memoria los fondos de la mayoría de las casas comerciales, mejor que sus propietarios, a pesar de sus notas y ficheros, mientras que él no disponía más que de la magia del recuerdo, de aquella memoria incomparable que, en realidad, sólo se puede explicar a tra-

vés de cientos de ejemplos diferentes. Por cierto que aquella memoria sólo había podido ejercitarse y formarse de aquella manera diabólicamente infalible por medio del eterno secreto de cualquier perfección: la concentración. Dejando a un lado los libros, aquel hombre singular no sabía nada del mundo, pues todos los fenómenos de la existencia sólo comenzaban a ser reales para él cuando se vertían en letras, cuando se reunían en un libro y, como quien dice, se habían esterilizado. Pero tampoco leía aquellos libros para entenderlos, en su contenido espiritual y narrativo. Tan sólo su título, su precio, su aspecto, la página de créditos atraían su atención. Aquella memoria específica de anticuario de Jakob Mendel, en último término improductiva y no creativa, mero inventario de cientos de miles de títulos y nombres grabados en la blanda corteza cerebral de un mamífero, en lugar de, como en otro tiempo, escritos en un catálogo en forma de libro era, no obstante, en su perfección, única, un fenómeno de no menor importancia que la de Napoleón para las fisonomías, la de Mezzofanti para los idiomas, la de Lasker para las aperturas de ajedrez o la de Busoni para la música. En un seminario, en un puesto público, aquel cerebro habría enseñado y sorprendido a miles, a cientos de miles de estudiantes y eruditos. Habría sido de provecho para las ciencias, una adquisición sin igual para esas cámaras del tesoro público que llamamos bibliotecas. Pero ese mundo superior, a él, el pequeño librero de viejo de Galitzia sin formación, que apenas había pasado más allá de la escuela talmúdica, le estaba para siempre vedado. Así, aquellas dotes fantásticas tan sólo podían practicarse como una ciencia oculta sobre la mesa de mármol del café Gluck. Pero si en alguna ocasión aparece el gran psicólogo —esa obra aún falta en nuestro mundo del espíritu— que, de una manera tan metódica y paciente como Buffon ordenó y clasificó las diferentes especies de animales, describa por separado cada variedad, género y forma primitiva de esa mágica potencia que llamamos me-

moria y exponga sus distintas variantes, debería aludir a Jakob Mendel, aquel genio de los precios y de los títulos, aquel maestro anónimo de la ciencia anticuaria.

A causa de su oficio, y para los ignorantes, Jakob Mendel pasaba sin duda por ser tan sólo un pequeño comerciante de libros. Todos los domingos aparecían en la prensa, en el *Neue Freie Presse* y en el *Neues Wiener Tagblatt*, los mismos anuncios estereotipados: «Compro libros viejos. Pago los mejores precios. Acudo de inmediato. Mendel, Obere Alserstraße». Y a continuación, un número de teléfono, que en realidad era el del café Glück. Revolvía los almacenes, todas las semanas, ayudado por un viejo ordenanza de barba imperial, acarreaba un nuevo botín hasta su cuartel general y, desde allí, otra vez de vuelta, pues no disponía de la concesión necesaria para abrir un negocio como es debido. De modo que se limitó al pequeño trapiqueo, a una actividad menos lucrativa. Los estudiantes le vendían los libros de texto, que por sus manos pasaban de un curso al siguiente. Además, por un pequeño coste adicional, gestionaba y conseguía cualquier libro que uno buscara. Con él, un buen consejo era barato. El dinero no tenía espacio alguno dentro de su mundo, pues nunca se le había visto más que con la misma chaqueta raída, por la mañana, por la tarde y por la noche, consumiendo su leche y sus dos panes, comiendo al mediodía algún bocado que le traían de la casa de huéspedes. No fumaba, no jugaba. Sí, se puede decir que no vivía, tan sólo aquellos dos ojos tras las gafas estaban vivos y alimentaban con palabras, títulos y nombres el cerebro de aquel ser enigmático. Y la masa blanda, fértil, absorbía con ansia aquella plétora, como una pradera las miles y miles de gotas de la lluvia. Las personas no le interesaban, y de todas las pasiones humanas tal vez sólo conocía una, por cierto, la más humana de todas, la vanidad. Cuando alguien acudía a él para que le proporcionara una información, cansado y habiendo buscado ya en otros cien lugares, y él podía darle a la primera aquel dato,

sólo eso le suponía una satisfacción, un placer. Y tal vez también el hecho de que en Viena y en el extranjero hubiera una docena de personas que respetaban sus conocimientos y los necesitaban. En cada uno de esos toscos conglomerados formados por millones de seres que llamamos metrópolis, hay siempre, diseminadas en unos pocos puntos, algunas pequeñas facetas que en una minúscula superficie reflejan uno y el mismo universo, invisible para la mayoría, precioso tan sólo para el conocedor, para el hermano en la pasión. Y todos esos expertos en libros conocían a Jakob Mendel. De la misma manera que cuando uno quería un consejo sobre una partitura se dirigía a la Sociedad de Amigos de la Música para ver a Eusebius Mandyczewski, que, amable, estaba allí sentado, con su gorrilla gris, en medio de sus documentos y notas, y en cuanto alzaba los ojos resolvía sonriendo el problema más difícil; de la misma manera que hoy en día cualquiera que necesite una aclaración sobre el antiguo teatro y la cultura vieneses se dirige de manera indefectible al omnisciente padre Glossy, los pocos bibliófilos ortodoxos de Viena, en cuanto se les presentaba un hueso especialmente duro de roer, peregrinaban con la misma confiada naturalidad hasta el café Gluck para ver a Jakob Mendel. Contemplar a Mendel durante una de aquellas consultas me proporcionó, siendo yo un joven curioso, un placer de un tipo especial. Mientras que, por lo general, cuando se le presentaba un libro menor cerraba la cubierta con desprecio y sin más murmuraba «dos coronas», ante cualquier rareza o algo único se echaba hacia atrás lleno de consideración, poniendo debajo una hoja de papel, y uno podía ver cómo de pronto se avergonzaba de sus dedos sucios, cubiertos de tinta, y de sus uñas negras. Después, tierno, cuidadoso, hojeaba el raro ejemplar con un enorme respeto, página por página. Nadie podía molestarle en un instante como aquél, como tampoco a un verdadero creyente durante la oración. Y de hecho, aquella manera de mirar, de rozar, de olfatear y sopesar, cada una

de aquellas acciones por separado, tenía algo del ceremonial, de la sucesión regulada por el culto en un acto religioso. La espalda encorvada se movía de acá para allá, al tiempo que él murmuraba y refunfuñaba, se rascaba la cabeza, soltaba extraños y primitivos sonidos vocálicos, unos prolongados, casi estremecidos «jah!» y «joh!» de absorta admiración, y después de nuevo un rápido y horrorizado «jay!» o un «jay va!», cuando faltaba una página o resultaba que una hoja se la había comido la carcoma. Por fin, respetuoso, acunaba el mamotreto sobre su mano, olisqueaba y husmeaba el tosco paralelepípedo con los ojos semicerrados, no menos conmovido que una muchacha sentimentaloides frente a un nardo. Durante aquel procedimiento algo prolijo, el propietario, desde luego, tenía que conservar la paciencia. Pero una vez terminado el examen, Mendel daba de buena gana —sí, casi entusiasmado— toda la información, a la que se añadían inevitables y abundantes anécdotas, además de informes dramáticos sobre los precios de ejemplares similares. En aquellos momentos parecía más lúcido, más joven y más vivo, y sólo una cosa podía irritarle de un modo desmesurado: cuando un novato pretendía, por ejemplo, ofrecerle dinero por aquella tasación. Entonces retrocedía ofendido como el conservador jefe de una colección de arte al que un viajero americano hiciera ademán de darle una propina por su explicación, pues el hecho de poder tener un valioso libro entre las manos significaba para Mendel lo que para otros el encuentro con una mujer. Aquellos instantes eran sus noches de amor platónico. Tan sólo el libro, jamás el dinero, tenía poder sobre él. Por eso, los grandes coleccionistas, y entre ellos también el fundador de la Universidad de Princeton, intentaron en vano ganárselo para su biblioteca como consejero y comprador. Jakob Mendel se negaba. Sólo cabía imaginarlo en el café Gluck. Treinta y tres años antes, todavía con la barba suave, de negras guedejas, y los ensortijados tirabuzones en las sienes, un jovenzuelo encorvado y de corta estatura, había